

SESSION 2021

**CAPLP
CONCOURS EXTERNE
ET CAFEP**

**SECTION : LANGUES VIVANTES – LETTRES
ESPAGNOL - LETTRES**

ESPAGNOL

Durée : 5 heures

L'usage de tout ouvrage de référence, de tout dictionnaire et de tout matériel électronique (y compris la calculatrice) est rigoureusement interdit.

Si vous repérez ce qui vous semble être une erreur d'énoncé, vous devez le signaler très lisiblement sur votre copie, en proposer la correction et poursuivre l'épreuve en conséquence. De même, si cela vous conduit à formuler une ou plusieurs hypothèses, vous devez la (ou les) mentionner explicitement.

NB : Conformément au principe d'anonymat, votre copie ne doit comporter aucun signe distinctif, tel que nom, signature, origine, etc. Si le travail qui vous est demandé consiste notamment en la rédaction d'un projet ou d'une note, vous devrez impérativement vous abstenir de la signer ou de l'identifier.

Tournez la page S.V.P.

INFORMATION AUX CANDIDATS

Vous trouverez ci-après les codes nécessaires vous permettant de compléter les rubriques figurant en en-tête de votre copie.

Ces codes doivent être reportés sur chacune des copies que vous remettrez.

► **Concours externe du CAPLP de l'enseignement public :**

Concours	Section/option	Epreuve	Matière
EFE	0226J	101	0478

► **Concours externe du CAFEP/CAPLP de l'enseignement privé :**

Concours	Section/option	Epreuve	Matière
EFF	0226J	101	0478

Composition en langue étrangère portant sur l'étude d'un dossier

Analice los tres documentos de este corpus y explique, apoyándose en sus conocimientos, cómo ilustran las formas del exilio.

DOCUMENT A

Marcos, joven cubano, acaba de exiliarse a Estados Unidos.

¿Por qué una persona así sale de su país? ¿Por qué alguien se aleja de su país sin salir de él? [...] Por haber vivido entre emigrados, Adela sabía que nadie se va del sitio en el que es feliz, a menos que se vea obligado a hacerlo –y entonces suele haber perdido el frágil estado de la felicidad–. [...] Pero el propio Marcos y otros
5 compatriotas suyos, sobre todo gentes de su generación que fue conociendo, quebraban con demasiada frecuencia ese esquema a primera vista tan lógico.

Hasta donde Adela conocía –y ya era bastante–, Marcos no tenía ideas políticas tan radicales como para haberse visto obligado a optar por el exilio, ni había sentido en la isla la necesidad de cambiar su vida por un contexto cultural diferente, o
10 decidido moverse en busca de nuevas experiencias. Por el contrario, a pesar de las muchas condiciones paupérrimas en las que había vivido, Marcos solía evocar con nostalgia su niñez y adolescencia en el barrio de Fontanar y sus años de estudiante universitario, marcados por unas ansias de conocimiento que, como si fuese una
15 aventura, él y sus compañeros trataban de calmar a veces por caminos sinuosos ante la dificultad para acceder a muchas informaciones en un sitio donde faltaba todo, incluida la información. Sin embargo, en los relatos del joven, la gente parecía vivir casi normales y él mismo solía hablar de sus noches y sus días en la Habana como de una fiesta permanente.

En un lugar donde mucha gente vivía hacinada y en precarias condiciones
20 materiales, con poco o ningún dinero, Marcos ocupaba con su madre una casa de varias habitaciones cuya belleza él describía con orgullo. Había tenido, incluso, mucho dinero para gastar, si era cierto lo que contaba de sus diversiones, fiestas, ropas, motos y vacaciones en playas de ensueño. Todo resultaba tan desquiciado que, a su trabajo oficial en una empresa constructora donde dirigía el taller de
25 mantenimiento, el joven ingeniero acudía si acaso un par de horas al día, el día que iba, y su jefe era además uno de sus compañeros de farra.

Adela escuchaba y se encontraba sin herramientas que le permitieran entender bien cómo funcionaba aquel mecanismo rudimentario y peculiar, los engranajes de una sociedad en donde lo que no era ilegal estaba prohibido, pero la gente
30 encontraba resquicios y se podía robar (al Estado) sin considerarse un delincuente, y vivir mejor sin trabajar que trabajando.

Ya sabía, por ejemplo, que gracias a un golpe de suerte, su novio se había convertido en un importante suministrador de queso blanco a los restaurantes y pizzerías privadas de La Habana: el queso tenía una alta demanda en la ciudad y él

35 había encontrado el modo de capitalizarla, armando incluso un equipo de compra y
distribución con ramas en las ciudades de Camagüey (desde donde era transportado
oculto en compartimentos de difícil acceso de autobuses interprovinciales) y La
Habana, donde se consumía. Pero a la vez, no entendía que fuese necesario una
40 red de contrabando de queso como si se tratase de cocaína. Y menos comprendía
por qué le había dado a Marcos por salir de Cuba y hasta lo había intentado en la
siempre peligrosa travesía por el estrecho de la Florida, en cuyos fondos marinos
habían desaparecido ni se sabía cuántos miles de cubanos.

Leonardo PADURA, *Como polvo en el viento*, 2020

DOCUMENT B

DON RAFAEL (Derrota y derrotero)

Lo esencial es adaptarse. Ya sé que a esta edad es difícil. Casi imposible. Y sin
embargo. Después de todo, mi exilio es mío. No todos tienen un exilio propio. A mí
quisieron encajarme uno ajeno. Vano intento. Lo convertí en mío. ¿Cómo fue? Eso
no importa. No es un secreto ni una revelación. Yo diría que hay que empezar a
5 apoderarse de las calles. De las esquinas. Del cielo. De los cafés. Del sol y, lo que
es más importante, de la sombra. Cuando uno llega a percibir que una calle no le es
extranjera, sólo entonces la calle deja de mirarlo a uno como a un extraño. Y así con
todo. Al principio yo andaba con un bastón, como quizá corresponda a mis sesenta y
siete años. Pero no era cosa de la edad. Era una consecuencia del desaliento. *Allá*,
10 siempre había hecho el mismo camino para volver a casa. Y *aquí* echaba eso de
menos. La gente no comprende ese tipo de nostalgia. Creen que la nostalgia sólo
tiene que ver con cielos y árboles y mujeres. A lo sumo, con militancia política. La
patria, en fin. Pero yo siempre tuve nostalgias más grises, más opacas. Por ejemplo,
ésta. El camino de vuelta a casa. Una tranquilidad, un sosiego, saber qué viene
15 después de cada esquina, de cada farol, de cada quiosco. *Aquí*, en cambio, empecé
a caminar y a sorprenderme. Y la sorpresa me fatigaba. Y por añadidura no llegaba
a casa, sino a *la habitación*. Cansado de sorprenderme, eso sí. Tal vez por eso
recurrí al bastón. Para aminorar tantas sorpresas. O quizá para que los compatriotas
que iba encontrando, me dijeran: “Pero, don Rafael, usted *allá* no usaba bastón”, y
20 yo pudiera contestarles: “¡Bueno, tampoco vos usabas guayabera!” Sorpresa por
sorpresa. Uno de esos asombros fue una tienda con máscaras, de colores un poco
abusivos, hipnotizantes. No podía habituarme a las máscaras, aunque siempre
fueran las mismas. Pero junto con la recurrencia de las máscaras, se repetía
también mi deseo, o quizá mi expectativa, de que las máscaras cambiaran, y
25 diariamente me asombraba encontrar las mismas. Y entonces el bastón me
ayudaba. ¿Por qué? ¿Para qué? Bueno, para apoyarme cuando me asaltaba esa
modesta decepción de todas las tardes, quiero decir cuando comprobaba que las
máscaras no habían cambiado. Y debo reconocer que mi expectativa no era tan

absurda. Porque la máscara no es un rostro. Es un artificio, ¿no? Un rostro cambia
30 sólo por accidente. Quiero decir en su estructura; no en su expresión, que ésta sí es
variable. En cambio, una máscara puede cambiar por miles de motivos. Digamos:
por ensayo, por experimentación, por ajuste, por mejoría, por deterioro, por
sustitución. Sólo a los tres meses comprendí que no podía esperar nada de las
35 máscaras. No iban a cambiar esas empecinadas, esas tozudas. Y empecé a fijarme
en los rostros. Al fin de cuentas, fue un buen cambio. Los rostros no se repetían.
Venían hacia mí, y dejé el bastón. Ya no tenía que apoyarme para soportar el
estupor. Quizá cada rostro no cambiara con los días, sino con los años, pero los que
venían a mí (con excepción de una mendiga huesuda y tímida) eran siempre
40 nuevos. Y con ellos venían todas las clases sociales, en autos impresionantes, en
autitos modestos, en autobuses, en sillas de ruedas, o simplemente caminando. Ya
no eché de menos el camino, montevideano y consabido, de vuelta a casa. En la
nueva ciudad había nuevos derroteros. Derrotero viene de derrota, ya lo sé. Nuestra
derrota no será total, pero es derrota. Ya lo había comprendido, pero lo confirmé
45 plenamente cuando di la primera clase. El alumno se puso de pie y pidió permiso
para preguntar. Y preguntó: “Maestro, ¿por qué razón su país, una asentada
democracia liberal, pasó tan rápidamente a ser una dictadura militar?” Le pedí que
no me llamara maestro. No es nuestra costumbre. Pero se lo pedí solamente para
organizar la respuesta. Le dije lo consabido: que el proceso empezó mucho antes,
no en la calma, sino en el subsuelo de la calma. Y fui anotando en el pizarrón los
50 varios rubros, los períodos, las caracterizaciones, los corolarios. El muchacho
asintió. Y yo leí en sus ojos comprensivos toda la dimensión de mi derrota, de mi
derrotero. Y desde entonces regreso cada tarde por una ruta distinta.

Mario Benedetti (escritor uruguayo), *Primavera con una esquina rota*, 1982

DOCUMENT C



Camí de l'exili, Josep Franch-Clapers (1940), Museo Pablo Picasso – Barcelona
(Archivo nacional de Cataluña)

TRADUCTION

Ocho mil pies de altura. Mejor no pensar en ello. El zumbido sordo y continuo de los motores le ayudaba a calmar los nervios. Era la evidencia de que, contra toda lógica, los hombres habían aprendido a volar. Seguía asombrándolo que algo tan pesado pudiera deslizarse sobre los toboganes del viento de una forma tan liviana y esa
5 sensación de que en realidad no se movían, de que simplemente estaban suspendidos con cables invisibles por encima de las nubes.

–¿Le apetece beber algo?

Miguel le dio las gracias a la azafata pero declinó el ofrecimiento. Volvió a concentrarse en la ventanilla y en el fenómeno que estaba presenciando. Lejos, en
10 una esquina del horizonte, veía una cortina rizada y ondulante con un brillo de cristales multicolores que atravesaba la luz del sol.

–Es una tormenta– le dijo la azafata.

Miguel no daba crédito; al otro lado lucía un sol espléndido. La azafata asintió con la sonrisa que se le dedica al asombro de los niños.

15 –Estamos volando por encima de la lluvia.

El mundo estaba ahí abajo, silencioso e impasible. No llegaban los ecos de acentos extraños, el sonido nervioso de la vida. Aquella lluvia caía sobre campos y ciudades, casas, edificios, animales, ríos, montañas y hombres invisibles que corrían a protegerse o la abrazaban a tumba abierta. Las copas de los árboles reverdecían,
20 los puertos se encrespaban y sus barcos se mecían impacientes. Las autopistas brillaban, los jardines esponjaban las gotas, las vallas de las granjas resistían. Llovía en el aparcamiento del aeropuerto de Sevilla donde lo esperaba Natalia.

Víctor del Árbol, *Por encima de la lluvia*, 2017